

¿ES EL HOMBRE UNA RATA PARA EL HOMBRE?

¿Está la especie humana condenada a muerte? ¿Es el potencial de agresividad que lleva dentro todo hombre, como afirman ciertos investigadores, "innato e ilimitado"? El etólogo austriaco Irenäus Eibl-Eibesfeldt, colega de Konrad Lorenz y conocido en todo el mundo por sus trabajos en torno a los comportamientos comparados de los animales y del hombre, no lo cree así. En su último libro, publicado en Francia bajo el título de "Contra la agresión", Eibl-Eibesfeldt nos sorprende con un optimismo moderado que contrasta con el pesimismo simplista que algunos pretenden deducir de los trabajos, hoy de moda, sobre la etología o ciencia del comportamiento.

—Usted ha vivido con ratas. Konrad Lorenz lo cuenta en uno de sus libros. ¿Qué era lo que usted buscaba?

Irenäus Eibl-Eibesfeldt.—Eran más bien ratones que ratas, pero ratas y ratones son familias muy próximas entre sí. Yo estudiaba su comportamiento en relación con el territorio. Así aprendí algo nuevo e interesante, a saber: que podía manifestarse entre los mamíferos un comportamiento similar al de los insectos sociales, termitas, hormigas, etcétera, entre los cuales, la eliminación física del forastero que penetra en el territorio de la colonia no es asunto que incumba a un individuo o a una familia, sino a todo el grupo. La rata no conoce a otra rata del mismo modo en que un simio, o un perro, o una oca conocen a un semejante, es decir, individualmente. La rata constituye primero una familia. La familia crece y se convierte en un grupo. Pero este grupo no es un conjunto de familias, sino una superfamilia anónima. ¿Qué carácter tienen en común todos sus miembros? El olor. Lo que no huele al grupo es atacado.

—¿El olor del grupo? ¿Es que no existe algo parecido entre nosotros, los humanos? ¿No existen personas para las que ciertos olores raciales, culturales o ideológicos merecen la muerte?

I. E.-E.—En el hombre, todo ocurre de modo tan distinto, que cualquier comparación resulta en exceso arriesgada. Tomemos como ejemplo una ideología. Se puede, en última instancia, com-



Si bien la rata es un animal feroz con el forastero, se muestra en extremo amistoso dentro de su superfamilia. No existe jerarquía en el seno del grupo. Las más jóvenes roban, insolentemente, la comida de las más fuertes.

parar su función a la de esos mecanismos que permiten a una especie animal distinguirse de otra, que le permiten reconocer a sus congéneres para la reproducción. La ideología sería así una especie de código cultural en lugar de un código genético. Es lo que Erickson llama la «pseudo-especificación». El hombre inventa modelos culturales que permiten al grupo desarrollarse distinguiéndose de los demás. Pero se trataría en este caso de un mecanismo de diferenciación más que de agresión.

—¿Podemos decir que el hombre mata al hombre exactamente como la rata mata a la rata, a diferencia de las demás especies en las que los congéneres no se matan entre sí?

I. E.-E.—Es cierto que la rata ataca a sus congéneres, pero sólo en el territorio de su gran fami-

lia. No dispone de mecanismos inhibidores, como el lobo o el perro, que le impidan matar a su semejante, pero no es el único animal que carece de tales mecanismos.

«La rata está especialmente dotada para la huida. Es precisamente su capacidad de huida la que, como ocurre también en otras especies, impide que proliferen las muertes dentro de la especie. Después de intercambiar ciertos números de dentelladas, el contrincante más débil sale huyendo, y el vencedor no insiste.

—¿No insiste?

I. E.-E.—No, fuera de su territorio. Pero si encierra usted a ratas de grupos distintos en un territorio limitado en el que el vencido no puede salvarse, entonces sí que será eliminado. Pero es ésta una situación artificial que



Eibl-Eibesfeldt: «Hay que aprender a superar el miedo».

no se da normalmente en la Naturaleza.

—Pero, ¿no es un territorio siempre limitado con relación al número de grupos, a su dimensión? En el caso de competencia por un territorio limitado, ¿no exterminará un grupo a otro, lo que nos aproxima otra vez al caso de los humanos?

I. E.-E.—Rara vez ocurre esto. Es verdad que Steiniger ha descrito una situación de ese tipo. Pero se trataba de ratas que vivían en un islote de donde no se podía escapar. Se trataba, en cualquier caso, de una situación excepcional. Seguramente no existen las luchas de exterminio entre grupos de ratas.

«Pero hay otros hechos que hablan en favor de la rata. Si bien este animal es feroz con el forastero, se muestra extremadamente amistoso en el interior de su superfamilia. No hay jerarquía en el grupo. Las más jóvenes roban insolentemente la comida de las más fuertes. Las disputas se solucionan a base de manotazos, sin mordiscos.

—Se trata, efectivamente, de un comportamiento muy distinto del que muestra el hombre. ¿Qué queda, entonces, de nuestro paralelo?

I. E.-E.—Este paralelo sólo es válido a determinados niveles. Por ejemplo, si usted me pregunta: ¿Existe en uno y otro algún programa genético que los predisponga a un comportamiento agresivo contra el forastero?, le contestaré que sí, que en este punto existe cierta semejanza entre uno y otro caso.

—¿Quiere usted decir que hay en el hombre una disposición innata a la agresividad hacia sus semejantes?

I. E.-E.—No hacia sus semejantes, sino hacia los forasteros. Existen ciertamente en el hombre estructuras motrices innatas al servicio de un comportamiento

¿ES EL HOMBRE UNA RATA PARA EL HOMBRE?

to belicoso. Existe también todo un código de señales relacionadas con la actitud agresiva: apretar los puños, mostrar los dientes, dar patadas y tantos otros gestos universales en el hombre. Las charreteras de los uniformes recuerdan el erizamiento del pelo del hombro de los gorilas cuando estos animales montan en cólera; los gorros de pelo recuerdan igualmente el erizamiento de los pelos del cráneo del gorila.

«Hoy sabemos con certeza que esos movimientos, esas señales agresivas son innatas y que no se adquieren por imitación. Yo mismo las he observado en niños sordomudos y ciegos de nacimiento, y lo he filmado incluso. De la observación de esos mismos niños parece deducirse también el carácter innato de esas tendencias agresivas hacia el forastero. Lo identifican por el olfato, lo empujan si es que se hallan al alcance de la mano y luego escapan. Es ciertamente una actitud humana fundamental. Yo la he estudiado detalladamente entre los bosquimanos de Australia, los indios waikas del alto Orinoco, los papúes. En todas partes, los hombres sienten recelo ante el extranjero.

—¿Tienen bases psicológicas esas actitudes agresivas?

I. E. E.—Parece, efectivamente, que existen en todos nosotros pulsiones agresivas espontáneas —pueden desencadenarse sin ninguna excitación externa— que resultan de la actividad misma de nuestro cerebro. Varios fisiólogos americanos han demostrado la existencia en el lóbulo temporal de circuitos nerviosos que entran espontáneamente en actividad y están relacionados con los impulsos agresivos. En los accesos de rabia espontáneos e incontrolables de la epilepsia se ha podido demostrar que entran en actividad esas mismas zonas. Es posible provocar un comportamiento agresivo en individuos normales mediante la estimulación adecuada de esos circuitos.

—¿Quiere decir eso que nuestro comportamiento agresivo está enteramente inscrito en nuestros caracteres hereditarios y que la sociedad no interviene para nada?

I. E. E.—No, claro que no. También se aprende a ser agresivo. Como han observado algunos, en el niño, la agresión atrae a la agresión, y así cobra nuevo valor. Otros sostienen, no sin razón, que la agresión es en cierta medida una reacción frente a la frustración que necesariamente engendra la educación, es decir, el aprendizaje de la vida social. Todo ello no impide que la parte innata sea bastante importante. Entre los bosquimanos, por ejemplo, cuyo ideal cultural es de un gran pacifismo, los bebés y los niños pequeños son tan

agresivos como los de otros pueblos, y les cuesta trabajo aprender a conducirse pacíficamente, aunque la sociedad castigue el comportamiento agresivo y recompense las actitudes amistosas.

—Si la agresión es innata, si la sociedad a veces la valoriza y la provoca la mayoría de las veces, alguna función tendrá. Si son precisamente las gentes dotadas de un mayor componente agresivo quienes han constituido poco a poco la especie humana, es que las tendencias agresivas favorecen la adaptación social. Sin embargo, hoy en día, esa misma agresividad parece amenazar la existencia misma de la Humanidad. ¿Qué es lo que ha fallado en la maquinaria de la especie? En la Naturaleza —sigo pensando en las ratas—, ¿somos acaso los únicos en tan penosa situación?

I. E. E.—La agresión, es cierto, sirve para algo. Hoy puede resultar nefasta para el hombre, pero en el pasado le ha sido de utilidad. ¿Qué es, en efecto, la agresión?

«Forzoso es precisar antes de nada que aquí se habla de la agresión dentro de la misma especie. El salto de un animal sobre su presa representa otro tipo de agresión que entraña comportamientos muy distintos. Observemos, por ejemplo, a un gato saltando sobre un ratón: su actitud es, en ese caso, completamente distinta de la que muestra cuando ataca a un rival de su misma especie. En la Naturaleza, la agresión intraespecífica cumple varias funciones. Asegura una selección sexual: son siempre los más fuertes los que se reproducen. Favorece la defensa de las crías. Provoca la distribución de los individuos y los grupos en el espacio, impidiendo de ese modo el exceso de población en un territorio dado.

«Según algunos científicos, como Lorenz, la agresión sería anterior en la Naturaleza a la amistad, al «amor» que acerca entre sí a los animales. En efecto, sólo existen lazos personales entre los pájaros y los mamíferos, que aparecieron sobre la Tierra mucho después que los reptiles y otras especies muy agresivas, en las que faltan totalmente los lazos personales. Según Lorenz, existe en la Naturaleza una agresión intraespecífica que carece de su opuesto, la amistad. Pero no existe amistad sin agresión. El lazo personal entre dos animales se constituiría a partir de las tendencias agresivas que los empujan a uno hacia el otro para la lucha. Sería, pues, una agresión reorientada, dominada, ritualizada para las necesidades de conservación de la especie. En la especie humana, las cosas no han debido de ocurrir de modo distinto.

—¿Por qué, entonces, ya no funciona como antes?

I. E. E.—Este tipo de cosas ocurren en la evolución de las especies. Dejan de ser útiles ciertas clases de comportamiento de los órganos adaptados a determinadas circunstancias. Un ejemplo: el apéndice en el hombre. Así se llega a veces a callejones sin salida. Así ocurre, por ejemplo, cuando la lucha competitiva dentro de la especie no la provocan ya las exigencias de la adaptación al medio ambiente. Se ve entonces cómo la especie se lanza por una dirección absurda.

«Lorenz recuerda casos que ejemplifican esa falsa selección que se realiza por la competencia de los congéneres sin relación con el medio exterior. Tal es el caso, por ejemplo, del faisán argos. El macho ha desarrollado en el transcurso de la evolución alas tan enormes, que hoy le cuesta trabajo utilizar para volar. ¿Para qué le sirven? Para conquistar a la hembra, que se entrega al macho provisto de mayores alas. Es, pues, el macho mejor alado el que más descendientes tendrá. La especie tendrá, pues, alas cada vez más grandes, hasta que un día ya no pueda volar y sea fácil víctima de las aves de presa. El ciervo se halla en una situación comparable. Su cornamenta sólo le servirá para conquistar a la hembra.

«Por fin está el hombre. Oscar Heinroth, al que cita Lorenz, dijo en cierta ocasión: «Junto a las plumas del faisán argos, el producto más estúpido de la selección exclusivamente intraespecífica es seguramente, en Occidente, el ritmo de trabajo del hombre civilizado».

—Usted establece, pues, un nexo entre la agresión y la sociedad de consumo...

I. E. E.—Efectivamente. La escalada provocadora en el ritmo de la producción y el consumo, que es causa de todo tipo de destrozos en la Naturaleza y engendra toda clase de tensiones, es una agresión del hombre contra sí mismo, una agresión que le conduce a absurdos comparables a los que suponen las remeras del argos.

—En cualquier caso, es una forma atenuada, derivada, de la agresión. A la larga puede resultar tan destructiva como la agresión sangrienta, pero es sobre todo esta última la que nos preocupa. ¿Por qué nos matamos unos a otros?

I. E. E.—El hombre ha dejado de tener que luchar contra los lobos, los osos, la Naturaleza hostil, ya no tiene que rechazar a los grupos que se internaban indebidamente en los terrenos de caza de la tribu. Poco a poco, el hombre ha llegado a ocupar prác-

ticamente todo el espacio habitable del planeta. Necesita, sin embargo, luchar; lleva inscrita esa necesidad en su programa genético (todavía): no ha aprendido a reorientar su agresividad, a dominarla. Esta se desencadena, pues, en el interior de la especie. Como la selección no ha cesado de jugar a favor de los individuos y de los grupos más agresivos, la agresión intraespecífica ha seguido desarrollándose. Además, el *homo sapiens* ha perturbado la función de la agresión mediante su desarrollo cultural y la invención de armas cada vez más perfeccionadas...

—Quisiera volver por un instante a nuestras ratas. Supongamos la existencia en un islote de un número determinado de familias de ratas. ¿Qué puede ocurrir? ¿Un exterminio recíproco resultante de una agresividad cada vez mayor?

I. E. E.—Apoyándose en los trabajos de Steiniger, Lorenz se pregunta, en efecto, si las ratas no estarían igualmente abocadas a un callejón sin salida: las más agresivas se multiplicarían en detrimento de las más débiles, hasta el día en que la agresión intraespecífica diese cuenta de todas ellas. Pero hay otra hipótesis: la de una especie de coexistencia pacífica de varias familias. Una vez más acjo con reservas estas hipótesis y comparaciones, pues no tienen en cuenta los mecanismos antagonistas que, en todas las especies, pueden contener la agresión dentro de límites compatibles con la supervivencia de la especie.

—¿Pero existen en el hombre estos mecanismos antiagresivos? El cuervo no se sirve de su pico para saltarle el ojo a su rival. ¿Pero no le rompió el hombre la cabeza a su vecino tan pronto como tuvo a mano una buena piedra?

I. E. E.—Es cierto. La mayor parte de los cráneos de australopitecos *exhumados* en África muestran huellas de golpes violentos. Pero eso no demuestra la inexistencia de mecanismos inhibidores de la agresión. La verdad es que la invención de las armas planteó al hombre un problema que no ha resuelto. El desarrollo incansable de las técnicas de combate se ha burlado de nuestros mecanismos inhibidores, adaptados a condiciones diferentes. Ordenado a un piloto de bombardeo que ataque con sus dientes y uñas a esas mujeres y esos niños que van a perecer bajo sus bombas. No obedecerá. Pero no le costará, por el contrario, ningún trabajo soltar su mortífera bomba. Si usted golpea a su enemigo con la mano desnuda, éste tendrá tiempo, si es que es más débil, de someterse, como el lobo, y su mensaje podrá despertar vues-



«He trabajado con tribus papúas, que tienen fama de ser muy hostiles. Las he visitado con la única compañía de unos pocos porteadores. Pues bien, sólo he encontrado a gente amigable. Aquellos hombres no tenían miedo, y es el miedo el que moviliza las tendencias agresivas».

tra compasión natural, instintiva. No hay posibilidad alguna de que esto ocurra si el agresor utiliza una ametralladora. Esa falta de adaptación del mecanismo inhibitorio al arma puede comprobarla un día en presencia de un indio waika. El indio había estrenado un machete, arma totalmente nueva para él. Surge una disputa con su mujer y el indio le da un machetazo en el hombro hiriéndola gravemente. Sabía hasta dónde podía llegar con la mano o con un bastón incluso, pero no con un machete. Es la imagen de las dificultades, que impone a los hombres la introducción incesante de armas nuevas. Estas vuelven inoperantes los mecanismos inhibidores de la agresión, a pesar de la fuerza que los caracteriza.

—¿Se refiere usted a esas viejas reglas sociales que dicen «no matarás», «no robarás», «no mentarás», «no harás la guerra», etcétera?

I. E.-E.—No crea usted que estas reglas las impone exclusivamente la sociedad, sino que son innatas en alto grado. Nuestros «buenos sentimientos», la «buena conducta», tienen raíces biológicas, como indican todos los estudios comparativos. Existe, seguramente, en los humanos, como en los mamíferos, un fuerte instinto que les lleva a respetar a sus semejantes. Existe incluso en los cazadores de cabezas, que necesitan imperiosas reglas culturales para vencer sus inhibiciones. Todas nuestras observaciones invalidan esas filosofías caricaturescas que ven en el hombre a un animal predador al que retiene su sola razón. No es verdad que el hombre sea naturalmente bueno y que la sociedad se encargue de corromperlo,

pero tampoco es cierto que Caín gobierna al mundo. La verdad es que tenemos en común con los mamíferos sociales toda una serie de buenas disposiciones innatas a la vez que tendencias agresivas. La benevolencia nos resulta natural. La debilidad nos desarma. Entre los waikas, pueblo muy belicoso, sólo se toleran las visitas de aldea a aldea más que si los guerreros acuden acompañados de sus mujeres y sus hijos. Estos no se consideran rehenes, sino que son signos de paz. En las guerras ocurre que los combatientes fraternizan, hecho que provoca el espanto de las autoridades.

»Ponemos sin cesar en juego todo tipo de señales, de ritos pacíficos, para aproximarnos a nuestro semejante, para hablarle. El apaciguamiento de la agresividad es para nosotros motivo constante, motivo de preocupación.

—¿Pero cuánto pesan esos buenos modales frente a la bomba atómica, por ejemplo?

I. E.-E.—Constituyen una base de comportamientos innatos sobre la que podemos edificar conductas culturales de paz en oposición a las conductas agresivas. Si pasamos revista a la historia humana, tendremos ejemplos de conductas de paz. Existe la bomba atómica, pero también, por otro lado, el teléfono rojo. Es importante saber que nuestro patrimonio genético no nos condena a aniquilarnos unos a otros hasta la total extinción de la especie, sino que las disposiciones innatas a la unión son tan fuertes como las que nos incitan a constituir grupos hostiles. La esperanza de la Humanidad se funda hoy en la existencia de esas estructuras innatas de comportamiento social pacífico.

—Pero si examinamos la Historia de la Humanidad, ¿no dominan nuestras tendencias agresivas las posibles buenas disposiciones?

I. E.-E.—Creo que es ese un punto de vista exageradamente pesimista. Incluso hoy en día, cuando la agresividad pone en peligro la existencia misma de la Humanidad como especie, se hace manifiesta la elaboración de normas culturales universales opuestas a la agresión. Basta con leer la prensa. Las modernas técnicas de comunicación son, por otro lado, uno de los medios utilizados por el hombre para contener la agresión: reduciendo las barreras entre los grupos, difundiendo por toda la tierra el escándalo de esta o aquella agresión.

—¿No podrían ser estas técnicas también y tal vez, sobre todo, unas nuevas armas? ¿La prensa, la radio, la televisión, no nos enseñan acaso que «el extranjero», «el otro», es un horrible personaje?

I. E.-E.—Eso no es todo. Es verdad que los gobiernos levantan de vez en cuando barreras, más o menos altas, destinadas a impedir la libre circulación de la información o la percepción de las señales de buena voluntad, el contacto y la amistad. Con ello se consigue que la gente siga considerando a los «otros» como enemigos. Pero los mensajes que aproximan entre sí a los hombres y los pueblos acaban por imponerse. Creo que cada vez es más difícil en nuestro mundo adoctrinar a la gente.

—Usted habla de la existencia de estructuras innatas de comportamiento que favorecen y se

oponen a la agresión. Pero, ¿constituye este dato una novedad o es como decirnos que tenemos brazos y piernas?

—Se trata de una novedad por cuanto hasta la fecha se negaba ese dato. Así es como la teoría llamada del medio sostiene que, aparte de ciertos reflejos, el hombre aprende todos los programas de comportamiento durante su juventud. Esta teoría se encuentra en la base de ciertas utopías políticas. Según ellas, la educación lo puede todo, pues todo sería producto de la educación. A pesar de las lagunas en nuestros conocimientos, estamos hoy seguros de la falsedad de la teoría del medio. En el dominio social, en particular, el hombre está determinado a una gran medida. Es muy importante saber que no se le puede encauzar en cualquier dirección.

—¿Cree usted que existe una «naturaleza humana»?

I. E.-E.—Sin duda alguna. Es producto de la adaptación filogenética. Se ha constituido en el transcurso de la formación de la especie. El ser humano no es sólo un ser cultural. Creo haberlo demostrado en numerosos estudios y, sobre todo, en mi libro «El hombre programado», que acaba de aparecer en Alemania.

—¿Lo que no está «programado» no es, a pesar de todo, mucho menos importante que la herencia cultural, que las adquisiciones del entorno social?

I. E.-E.—¿Qué es más y qué menos importante en un sistema biológico? ¿Es menos importante el estómago que el cerebro? Todas estas señales, estas expresiones, estas actitudes innatas, inmediatas y emocionalmente percibidas, ¿son menos importantes para la comunicación y el entendimiento entre los hombres que el lenguaje verbal u otros lenguajes elaborados por la cultura? Además, la puesta en evidencia de esas estructuras innatas de comportamiento es en sí misma importante. Nos ofrece la posibilidad de desarmar ciertos comportamientos agresivos. Si sabemos cómo y frente a qué reaccionamos, mejor podremos defendernos contra ciertas técnicas de propaganda política o publicidad. Más juiciosamente podremos orientar nuestros programas de educación. Somos por naturaleza «seres de cultura». Cuanto mejor conozcamos nuestra propia naturaleza, más fácil nos resultará realizar las necesarias adaptaciones culturales.

—Creo que usted acaba de responder a la pregunta que le voy a plantear: si el hombre está «programado», ¿qué progresos puede hacer? No equivale eso a reconocer el carácter inmutable de la naturaleza humana, con todas las consecuencias que ello entraña; ▶



La caspa puede hacerle perder algo más que el pelo

Aparentemente nadie se fija en ese polvillo desagradable que blanquea los hombros de su chaqueta. Pero usted lo sabe. Un ligero gesto de rechazo, una mirada de reproche sorprendida... La caspa le está creando problemas con los demás.

Y, por si fuera poco, está lo del pelo. Empezó apenas con tres o cuatro cabellos en el peine. Pero ya no son tres ni cuatro... A este ritmo ¿cuánto tardará en aparecer la calvicie?

Nosotros le ofrecemos la solución. Se llama Pantén, un producto científico que contiene una sustancia activa, el Pantyl, factor vitamínico B, que activa la formación de células en el cuero cabelludo, da al pelo las vitami-

nas necesarias para su normal desarrollo, elimina la irritación de la piel y por tanto la caspa.

Una fricción diaria basta para que su acción se mantenga durante horas, vitaminando su pelo desde la misma raíz. Dándole la flexibilidad, el brillo, el aspecto limpio y sano de la primera juventud.

Empiece hoy mismo. Haga de su fricción Pantén una costumbre diaria. Ahora que está a tiempo, Pantén puede ayudarle a conservar algo más que el pelo.



PANTEN

tiene vitaminas porque su pelo las necesita

¿ES EL HOMBRE UNA RATA PARA EL HOMBRE?

por ejemplo, que siempre habríamos y esclavos. Explotadores y explotados. En una palabra, ¿fiene la etología un carácter reaccionario?

I. E.-E.—No. Decir que un comportamiento es innato no significa, de ningún modo, que sea inaccesible a toda influencia de la educación. Tampoco quiere decir que haya que considerarlo como natural, en el sentido de adaptado a sus fines. Ya hemos visto que existen comportamientos innatos que conducen a un callejón sin salida. Porque somos seres «de cultura», podemos y debemos tratar de reorientar esos comportamientos. Estamos de acuerdo con la escuela que estima que al hombre no moldea su ambiente. Esos dos puntos de vista no son contradictorios entre sí.

—¿Existe una relación entre la agresión y la sociedad de masas en que vive el hombre moderno? El desarrollo de la violencia, que hoy representa una amenaza para la existencia misma de la especie, ¿no está motivado por la falta de adaptación del hombre a la sociedad de masas?

I. E.-E.—Los riesgos que la agresión hace correr al hombre resultan agravados por el paso de éste a un mundo urbano y anónimo. En el pequeño grupo, en la aldea, las relaciones individuales desarrollan efectos tranquilizantes; los litigios rara vez alcanzan un nivel peligroso de intensidad. Así, el individuo puede hacer gala de su fuerza, llevar armas, adornos de guerra. Ese comportamiento no asusta a nadie, porque la gente se conoce y está unida entre sí por vínculos de amistad. Todos se sienten más bien solidarios de esas demostraciones belcosas, orientadas hacia el exterior para la protección del grupo.

»En la sociedad de masas, anónima, en cuyo seno vive hoy el hombre, el individuo no conoce prácticamente a nadie, y nadie le conoce, lo que entraña un profundo cambio emocional. El prójimo se convierte en un extraño hacia el que uno siente un profundo temor. El apaciguamiento que representan los lazos personales desaparece. Los antídotos instintivos de la agresividad pierden su eficacia.

»Es cierto que entran entonces en juego otros mecanismos de adaptación. Se proscriben la intimidación masculina. El hombre se viste de gris, de un gris ratón. Ya no lleva armas. Incluso se condenan las actitudes fanfarroñas. Se trata de pasar inadvertidos para reducir las fricciones. Únicamente los individuos de alto rango tienen derecho a cierto fausto, aunque éste se elimina también de modo progresivo.

»Pero estos comportamientos adquiridos provocan frustracio-

nes explosivas. No sabemos ya qué hacer de los comportamientos sociales innatos que se adaptaban al pequeño grupo cerrado, de nuestras necesidades de defender a la familia, a los amigos. Las ideologías violentas, al constituir nuevos grupos dentro de la sociedad de masas, ofrecen una salida. La agresión cambia de escala.

»El anonimato del grupo contribuye a la promoción de un tipo de hombre sin escrúpulos y agresivo que puede ocultar mucho mejor que en una comunidad individualizada su carácter poco sociable. Es ese tipo de hombre el que sube a la cumbre. Y como no conoce personalmente a sus subordinados, no vacila en explotarlos. También es probable que la tendencia a la corrupción sea más fuerte en el seno del grupo anónimo.

»Otro factor que fomenta la agresividad del hombre en la sociedad anónima es el exceso de población. También hay que considerar los efectos de la revolución científica, que obliga a un replanteamiento de las tradiciones culturales, las autoridades, lo que crea un sentimiento de inseguridad y agrava los conflictos entre generaciones. Son cuestiones todas ellas de enorme importancia.

—¿No es la suya una descripción más bien pesimista?

I. E.-E.—No, sigo siendo optimista porque creo que a pesar de esas enormes dificultades el hombre no está radicalmente inadaptado a la sociedad de masas. Creo que su programa genético, que lo convierte en un ser cultural y sociable, le permite reorientar algunas de sus disposiciones agresivas inutilizadas o desviadas de su objetivo. Cosa que intenta a través de sus errores y sus locuras, como hemos visto. Podemos extender al género humano, por mediación de símbolos apropiados, nuestro comportamiento moral, que continúa limitado a la familia y al grupo. Tal vez un día «el enemigo» no sea ya el grupo adverso, compuesto por nuestros semejantes, que nos señala el político, el jefe, sino el peligro de destrucción que pende sobre la Humanidad.

—Sus estrechas y duraderas relaciones con nuestras hermanas las ratas, que viven como nosotros en sociedades anónimas, no parecen haberle hecho deses- perar del género humano.

I. E.-E.—Todo lo contrario. Pero mi vida y mis investigaciones no se han desarrollado únicamente en compañía de las ratas. También he mantenido excelentes relaciones con las iguanas de las Galápagos, los peces de los arrecifes coralíferos del Caribe y con otros muchos animales. Y, sobre

todo, he tenido para mí preciosos contactos con los hombres; por ejemplo, con los indios wai- kas del Orinoco, con los bosqui- manos del Kalahari, con los pa- púes, con todos aquellos cuyo comportamiento he estudiado: de paso le diré que he descubier- to un buen truco para observar- los. Me sirvo de una cámara con un juego de espejos y de lentes que me permite filmar a las gen- tes que se hablan, se sonríen y se pelean, enfocando en distinta dirección. Yo mismo no miro por el visor, sino que lo pongo en marcha y miro hacia otro lado. Mi cámara es, además, totalmen- te silenciosa. Así que ellos no se dan cuenta de nada... ¿A qué me dedico ahora? Dirijo un institu- to de etología humana en Percha. Trabajamos en el marco de la so- ciedad Max-Planck, de Fisiología de Comportamiento.

—Después de todos estos años de investigaciones y viajes, ¿qué idea tiene usted del hombre?

I. E.-E.—Tal vez le sorprenda, pero el hombre me parece un ser amistoso. He trabajado con tribus papúes, que tienen fama de muy hostiles. Las he visitado con la única compañía de unos pocos porteadores. Sólo he en- contrado a gente amigable. Aquel- los hombres no tenían miedo, y es precisamente el miedo el que moviliza la hostilidad y las ten- dencias agresivas en el hombre. Hay que aprender a superar el miedo.

—Sí; pero, ¿cómo es esto posi- ble cuando hay cada vez más ra- zones para tener miedo: la boma, la superpoblación, la explota- ción, la contaminación...?

I. E.-E.—Ese es nuestro proble- ma. Todo lo que puedo decir es que tenemos la posibilidad de controlar la agresión.

—Una última pregunta: desde el punto de vista de la etología, ¿cuál sería hoy el deber primor- dial de los Estados si se preocu- pasan de la supervivencia de la especie?

I. E.-E.—El control del índice de natalidad y la educación. Una educación que admitiese la diver- sidad de culturas, de religiones y sistemas políticos, y que no fuese el simple aprendizaje de unos mé- todos de lucha para imponer un sistema de valores.

—¿Y una educación basada en la no-violencia?

I. E.-E.—Efectivamente. Hay que aprender a no ser violentos. A no seguir despilfarrando los re- cursos del planeta, a no reproducir- se sin control, a no explotar más a nuestros semejantes... Es- to es ya posible. ■ Declaraciones recogidas por STANISLAS FON- TAINE.

Taller Ediciones JB

COLECCION TALLER DOS

NOVEDAD
(SERIE: CINE)

carlos saura

DE ENRIQUE BRASO

350 páginas
315 grabados

- Introducción histórica.
- Biografía de Carlos Saura.
- Estudio crítico y entre- vistas sobre cada una de sus películas.
- Filmografía y bibliografía.
- Análisis visual de cada uno de sus films: 315 grabados.

EN TODAS LAS LIBRERIAS

Taller Ediciones JB

ambrós, 8 madrid-28
teléfono 255 12 66